



RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo II

### SOBRE UNA SENTENCIA DE QUENTAL

(PRIMA NACIÓN)

SALAMANCA, abril de 1912.

Preocupado, como siempre, con cosas de fuera y con cosas de dentro y relacionando las unas con las otras, con mi porvenir y con el porvenir de mi patria, preocupado sobre todo con el lamentable espectáculo de los chalanos y los refunfuños internacionales. Porque si hay algo triste, soberanamente triste, es eso que se llama derecho internacional, y que aun y con todo de llamarse derecho es lo más torcido que hay. ¡Un ensueño de espíritus generosos! Porque para dedicarse al derecho internacional—y en él esa generosa y noble Nación Argentina puede presentar entre otros los nombres de Calvo y de Drago—hace falta un alma de poeta optimista, que es la más extraordinaria clase de poeta que cabe.

Mil veces se ha dicho y otras mil más habrá que repetirlo, la moral cristiana no se ha aplicado todavía a las relaciones entre los pueblos. ¡Y gracias si rigiera la de los individuos! Aquella sublime máxima, digna del Evangelio y creo que de origen argentino—por lo menos a un ilustre y clásico argentino, al general Mitre, con razón o sin ella, ha venido atribuyéndose su paternidad—de que la victoria no crea derechos, no es todavía sino un ensueño. La ética internacional es ética pagana, es aquella terrible ética que aparece al desnudo en tantos pasajes de Tucídides y donde parece estudió Maquiavelo.

Y preocupado además no ya por el curso de las negociaciones franco-españolas, o más bien anglo-franco-españolas, respecto a Marruecos, sino más bien por el tono de una parte—no ciertamente la mayor ni la mejor—de la prensa francesa, al servicio de la rapacidad de los colonistas, que aprovecha la coyuntura para arrojar sobre España todo un grotesco desdeñoso hijo de la más profunda ignorancia de nuestro pueblo y de su modo de ser.

Tengo en Francia muy buenos amigos que lo son a la vez de España y lo son porque la conocen y la estudian, y con ellos me he dolido cien veces de esa petulante actitud de desdeñar lo que se desconoce y aun de desfigurarlo a posta. Esa «unsympathy»—lo diré en inglés—esa incapacidad de ponerse en el caso de otro y de sentir como él siente y ver las cosas bajo el ángulo que él las ve es una de las más lamentables cualidades. Y para un Próspero Mérimée que supo penetrar en el alma española cuantos... (me callo el nombre) hay que pasan por esta tierra sin enterarse de nada, sin dejarse calar del espíritu ambiente, y hablan luego con singular desenfado de lo que no llegaron a percatarse siquiera!

Y junto a ello la sistemática falsificación de nuestra historia y de nuestra leyenda, y la sistemática falsificación de nuestra realidad presente.

Pensaba tristemente en estas cosas y en el papel que tiene que hacer el pobre obligado a alternar con ricos, y con ricos para los cuales no hay más que un verdadero delito y es la pobreza. Y el rico cuanto más orgulloso más se escandaliza o finge escandalizarse del orgullo del pobre.

Nosotros exportamos brazos, otros exportan capital, y sabido es que las colonias no son de los braceros que van a quedar sobre su suelo, sino que son de los capitalistas que allí emplean su capital. Perdimos nuestras colonias no cuando no teníamos ya braceros que enviar a ellas, pues siguen emigrando nuestros carapostinos a las que lo fueron, sino cuando no teníamos capital que emplear en ellas, o mejor, cuando los colonos eran ya más ricos que nosotros. Y alguna cambio de amo para servir a otro más rico que es siempre triste cosa—la más triste de la tierra, según Aquiles—ser criado de pobre.

Y pensaba tristemente que ese florido vergel de Argel se ha hecho, sí, con capitales franceses y bajo funcionarios franceses, pero por el vigor de brazos de españoles e italianos, con sudor de las frentes de éstos. Y se van nuestros labriegos no porque aquí sobren brazos sino porque faltan capitales españoles—ésta es la verdad verdadera—para hacerlos producir en su propia tierra, porque nuestro capital, no muy cumplido, es medroso y espantadizo para ese género de empresas y teme a las vicisitudes del desorden.

Pensaba tristemente en todas estas cosas y pensaba también en la tragedia de nuestra hermana tierra portuguesa, tragedia no menos viva porque la flamante y recién nacida república la oculta y disfraza en parte. Pensaba en las concupiscencias de las llamadas grandes potencias aguzando sus garras ante las angustias políticas portuguesas y soñando en el vasto imperio colonial que ese pequeño pueblo supo crearse.

Y cuando pensaba en todo eso y tenía reciente en el alma la impresión por el trágico fin de mi amigo Larangeira, me llega el tercer número de la revista «A Águia» (El Águila) «orgão da renascença portuguesa».

Abrese este número con una carta de nuestro perdido Larangeira a mi amigo Z. su amigo que fué Teixeira de Pascoaes, el poeta de que ya os he hablado. Y en esta carta decía el poeta al poeta: «¡Una teoría del Universo! Pero, amigo mío, una teoría del Universo debe eliminar todas las ideas de finalidad, porque el Bien, el Mal, la Bondad, la Pureza, la Aspiración, y todas esas bellas cosas con que el alma se mece, no pasan de nociones relativas, de medios de ver de nuestro pobre ser humano... Mi pesimismo viene de lo que llamaré fatalidad orgánica. El hombre, amigo mío, es un ser en conflicto consigo mismo; es todavía un agregado de vísceras que luchan por devorarse hasta el día de la solidaridad, de la armonía final.»

Al leer estas sentencias de mi perdido amigo y recordando nuestras graves conversaciones a orillas del mar portugués, volví a pensar en los conflictos de los pueblos, en las miserias internacionales y en el «homo homini lupus».



Y a seguida de esa carta y del comentario que Teixeira de Pascoaes le pone trae «A Águia» nueve líneas terribles, nueve líneas definitivas. Es una sentencia de aquel otro poeta suicida, de Antero de Quental, sentencia que figura en un folleto que estuvo a punto de publicar cuando aquel ultimátum de Inglaterra a Portugal, cuando aquel ultimátum de 1890 que arrancó a Guerra Junqueiro el libro profético «Patria» y que fué el verdadero principio de la ruina de la dinastía de Braganza. Quental se sintió también herido por aquella brutalidad del más fuerte y más rico y escribió un folleto que no llegó a publicarse y cuyo original obra en poder del señor conde de Ameal. De ese folleto son las nueve tremendas líneas que reproduce «A Águia» y que dicen así: «Dijo un hombre de estado inglés del siglo pasado que por cierto es también un perspicaz observador y un filósofo, Horacio Walpole, que la vida es una tragedia para los que sienten y una comedia para los que piensan.

«Pues bien, si hemos de acabar trágicamente, nosotros los portugueses «que sentimos», prefiramos con mucho ese destino terrible pero noble a aquel que le está reservado, y tal vez en un porvenir no muy remoto, a Inglaterra «que piensa y calcula», y el cual destino es el de acabar miserable y cómicamente».

Dejemos un poco de lado esta idea estereotipada ya, y por lo tanto falsa, de una Inglaterra que piensa y calcula y no siente, cuando es acaso la patria de Shakespeare una de las más sentimentales que hay. Y dejemos también de lado lo de que en Portugal no se piense y se calcula, pues si alguna pedantería hay entre nuestros vecinos los portugueses es la pedantería del sentimentalismo. Un portugués reconocerá que otro pueblo les aventaja en riqueza, en poderío, en ciencia, en arte, pero en sentimentalidad no. Tienen ante todo y sobre todo por sentimentales.

Y ese su sentimiento, lo he dicho cien veces, es un sentimiento patético y trágico. El gran Camilo, el suicida, decía del Petrarca que una vez muerta Laura no murió de «saudade» sobre la sepultura de aquella que tantos hermosos sonetos le inspirara, sino «conquistó renombre político, se enriqueció, engordó y tuvo la insolencia de vivir aún veintiséis años más». Y agrega: «De donde se concluye que el soneto es un gran respiradero de las pasiones». Con lo que parece decir: si yo, Camilo, portugués, esto es, hombre que siente más bien que piensa y calcula, pierdo así a mi Laura me pego un tiro sobre su sepultura. Y un tiro, en efecto, se pegó aunque no sobre sepultura de Laura alguna sino al verse ciego y teniendo que valerse de lazarillo, él, el león indómito y solitario.

Y al escribir Antero, el suicida, que el destino de Inglaterra es acabar miserable y cómicamente pensaba acaso en el que se muere en la cama, de una pulmonía, de un reuma al corazón, de algo de origen más vergonzoso aún, y se muere anhelando la

vida. Porque él, Antero, el portugués que sentía, murió pegándose un tiro.

¿Quién no conoce ya esta trágica figura de Antero de Quental, el autor de los inmortales «Sonetos», la más trágica figura de nuestra literatura ibérica, incluyendo en ésta la castellana, la portuguesa, la catalana y la gallega? ¿Quién no conoce a aquel hombre cuya fórmula era «un helenismo coronado por un budismo»? La evolución dolorosa que terminó con su último soneto, este largo y tempestuoso viaje a través del mar tenebroso de la fantasía metafísica...» dijo hablando de él su amigo Oliveira Martins, el historiador, trágico también.

Y este hombre trágico que comprendió como nadie la profundidad toda del dicho de Horacio Walpole de que la vida es una tragedia para los que sienten y una comedia para los que piensan, comprendió también que esto es tan aplicable como a los hombres a los pueblos que de hombres se componen, y que hay pueblos para los que es tragedia la vida y otros para los que es comedia.

Claro está que lo mismo un individuo que un pueblo siente a la vez que piensa y que en rigor ni cabe sentimiento en algún pensar ni cabe pensamiento sin sentir alguno. Y así para todos la vida es a la vez trágica y cómica, es tragicómica, predominando para cada cual uno u otro elemento según en él predomine el sentir sobre el pensar o éste sobre aquél, y variando ese doble aspecto para uno mismo según éste se encuentre en período de predominancia del sentir sobre el pensar o en el inverso. Lo mismo un individuo que un pueblo ve el aspecto trágico o el cómico de la vida conforme a las vicisitudes de su fortuna. Pero hay individuos, así como pueblos enteros, que tiene el temperamento predominantemente trágico o predominantemente cómico.

Los pueblos ricos y alegres, aquellos para los que la vida es fácil, a quienes se les abren vastos horizontes, propenden a la visión cómica y suelen ser ironistas. El chunqueo o choteo florece en ellos. Y los pueblos pobres o viejos, agobiados bajo una tradición de recuerdos, que ven en el pasado una gloria cuya amargura gustaron y que no esperan volver a gustar, propenden a la visión trágica. Cuando quieren burlarse se quejan o insultan. Su sátira es siempre fúnebre.

Pero ¡qué profunda verdad en el fondo de las amargas líneas de Quental y aun prescindiendo de la aplicación concreta histórica que él, bajo el bochorno del ultimátum inglés, les dió! Porque si morirán los pueblos todos, más tarde o más temprano, lo mismo fuertes que los débiles, no menos los ricos que los pobres, sólo que los unos morirán trágicamente como han muerto en la historia pueblos débiles oprimidos por los más fuertes, pueblos pobres atropellados por los más ricos, y los otros morirán cómicamente, de indigestión, de hartazgo, pero más probablemente de tisis, de alcoholismo, de demencia o de algo peor todavía. Y a fin de

10

10



3-108

cuentas no se sabe quién salvará su espíritu.

Y después de leídas y releídas y meditaciones y remeditadas esas terribles palabras de Quental, volví a pensar en la hipócrita infamia de los tratos y contratos internacionales, en la repulsiva comedia de los ricos rapaces que se las echan de generosos y repiten que no quieren herir susceptibilidades de su querido amigo y hermano el pobre. Porque lo que imprime su carácter más nauseabundo a todas esas negociaciones internacionales es la profunda hipocresía cómica de su lenguaje. Oír, por ejemplo, hablar de generosidad a nuestra vecina la república napoleónica que se dedica a usurar de Europa! Es para morir de risa.

Lo primero que hace falta para poder ser generoso es darse cabal y clara cuenta de la existencia de los prójimos, sobre todo cuando no tenemos que temer mucho de ellos, es querer conocerlos y conocerlos de veras, es salirse de sí mismo y no vivir como los faquires, contentándose al ombligo y en la ridícula y cómica idea de que todo lo que los demás piensan es por que uno, el que así siente, se lo enseñó.

Quejábame una vez un amigo de cierta grosería de que creía haber sido víctima por parte de otro, y al decirle yo: «no, no hay nada de eso; fué sencillamente que no

se dió cuenta de que estaba usted allí», me contestó mi amigo: «pues en eso estriba su grosería y su imbecilidad; en que no advirtió mi presencia». Y no es, claro está, que la presencia de éste mi amigo sea algo tan insignificante que haya de pasar inadvertida, todo lo contrario; lo que hay es que aquel otro que se hizo el feo es un sujeto que donde quiera que entre no se percata de más presencia que de la suya propia como no sea que tope con algún acreedor o con alguno que alguna vez le haya pegado. Y cuando tiene dinero, entonces no ve ya a nadie. Lo cual no impide que hable algunas veces de la generosidad con que presta, a buen interés y con sólida hipoteca, por supuesto.

No cabe verdadera generosidad ni en hombre ni en pueblo que no se da clara cuenta de la existencia y esencia de los demás, que no ve en éstos, a lo sumo, más que admiradores suyos o un elemento pintoresco y que sirva de ornato al paisaje o al salón. Careciendo de simpatía—en el sentido que esta palabra suele tomar en inglés: «sympathy»—es decir de la facultad de interesarse de veras por lo de nuestros prójimos, de ponernos en su caso y procurar ver y sentir las cosas, siquiera temporal y metódicamente, como ellos las ven y sienten, no cabe generosidad alguna.

Y esta simpatía no puede ni debe confundirse con el exotismo, con la moda por las cosas exóticas. Puede un país ponerse en moda y no ser por eso mejor comprendido ni mejor estimado. El exotismo se para en los trajes, sean corporales, sean espirituales, y desprecia las almas. Y no es sino «snobismo».

Todo esto que vengo diciendo, aunque a algún malicioso pueda parecerle una queja, no lo es. No, no me quejo. Cada cual tiene su alma y con ella y por ella vivirá conózcanla o no la conozcan los demás, háganle o no le hagan justicia. Y a fin de cuentas, como tenemos que morir todos, ricos y pobres, y tanto los individuos como los pueblos, morirán los unos trágica pero noblemente, y morirán los otros cómica y miserablemente. Y acaso no morirán, en rigor, sino que se extinguirán, de anemia, de saciedad, de aburrimiento, de consunción, si son individuos, por falta de ideal, y si son pueblos, por vergonzosísima despooblación, por esterilidad.

¡Qué enormes perspectivas de suprema justicia abre la sentencia del trágico portugués Antero de Quental!

MIGUEL DE UNAMUNO

UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDOS USALES